

# LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 36.—1.º de Setiembre de 1871.

---

*Dios es caridad. (San Juan,  
Epíst. I, 4, 8.)*

## LA LIBERTAD DE CULTOS EN LAS CASAS DE BENEFICENCIA.

---

Al tratar la cuestion de si las Hermanas de la Caridad deben ir á los establecimientos benéficos, algunos de los que opinan negativamente han dado como razon la libertad de cultos, porque el Estado, dicen, no teniendo religion, no tiene derecho á imponer esta ó aquella á los acogidos, y las Hermanas de la Caridad, que van allí, hacen su propaganda católica.

Empecemos por ver lo que significa esta frase tan repetida de que *el Estado no tiene religion*. ¿Quién es el Estado? ¿Es el Rey? ¿Son las Cortes? ¿Es el Ministerio? ¿Es el ejército? ¿Son los tribunales? ¿Es la milicia ciudadana? ¿Es el pueblo? El Estado es todo esto, porque es la nacion, y si no tiene religion alguna será atea, ó deista cuando menos. Ni esto es cierto, ni esto es lo que se quiere decir (al menos por los que saben lo que dicen) con la frase cuya significacion deseamos determinar.

La mayoría de los ciudadanos tiene religion bien ó mal entendida, bien ó mal practicada; y como de ellos se compone el Estado, el Estado tiene religion. Lo que significa la frase que dice que no la tiene, es que no la *impone*, que no la *juzga*, que carece de facultad legal para prohibirla, á menos que no esté en oposicion con las leyes vigentes y las de la moral universalmente reconocidas como buenas. Si hay una religion, por ejemplo, que autoriza el robo y la poligamia, el Estado no puede permitir que alce templos en un pais donde ambas cosas están penadas por las leyes. La frase de que el Estado no tiene religion, es la fórmula de la tolerancia, no la del ateismo; no quiere decir que deje de elevar el corazon á Dios, sino que se abstiene de imponer por la fuerza el modo de adorarle. El Estado, pues, aunque no prescriba las fórmulas del culto, necesita

religion, porque la tienen y la necesitan los ciudadanos que le componen.

Téngase muy presente que tratamos la cuestion bajo el punto de vista social; estamos en el terreno en que á nuestro parecer deben estar aquellos cuyas opiniones combatimos: no lanzamos anatemas, pero queremos garantías para la moral, apoyo para la virtud y consuelo para el dolor. Sentados estos preliminares, entremos en una casa de beneficencia.

El asilo benéfico puede albergar niños ó adultos; la cuestion varía, segun que sea el uno ó el otro caso: tratemos primeramente de aquel en que sean niños. El Estado hace allí veces de padre. En materias de religion ¿qué hacen los padres con sus hijos? Les enseñan la suya, porque sería absurdo y perjudicialísimo para todos, que por respeto á la libertad de cultos y á la conciencia humana y á la iniciativa individual, viviesen los hombres sin religion hasta la edad en que pudiesen ser jueces de cuál es la mejor. El Estado, que, como acabamos de decir, hace veces de padre para con los niños acogidos en la casa de beneficencia, debe enseñarles la religion que razonablemente calcula que sus padres les enseñarian, y de no hacerlo así falta á uno de sus deberes mas sagrados.

Supongamos que segun esa torcida interpretacion que se da á la libertad de cultos, se echa de los establecimientos benéficos, no solo á las Hermanas de la Caridad, sino y principalmente á los capellanes, y se cierra el templo, y no hay allí culto alguno, ni se pronuncia el nombre de Dios. ¿Qué sucederá? Que no habrá mas freno para los delitos que el látigo y el calabozo; que para los vicios no habrá freno alguno; y que los niños y los jóvenes, completamente pervertidos, no podrán vencer sus hábitos viciosos cuando sean hombres, y hayan elegido la religion que los condena.

Los que traducen *libertad de cultos* por *ausencia de cultos*, ¿han reflexionado lo que sería una casa de beneficencia sin ninguno, y el desenfreno de costumbres, donde la acumulacion de personas extrañas y la falta de familia, abre á los vicios tan ancho campo, y hace tanto mas difícil la virtud? Hay derecho para enseñar á los niños el sistema decimal, ¿y no le habria para enseñarles que hay Dios? ¡Pobres criaturas, á quienes se quiere privar de un aliado poderoso para combatir las malas tentaciones que harán su desgracia! ¡Pobres criaturas, á quienes se da la dura necesidad en vez de la dulce resignacion! ¡Pobres criaturas, en cuya alma se inocula el virus de la impiedad, que no podrán estirpar nunca! ¡Pobres criaturas, tan desdichadas en la tierra, y á quienes no se deja siquiera la esperanza del cielo! ¡Pobres huérfanos, á quienes se priva del Padre celestial!

Hemos dicho que los niños pervertidos no podrán vencer sus hábitos viciosos cuando sean hombres, y hayan elegido la religion que los condena. ¿Y en qué tiempo la elegirán? De temer es que nunca. La religion no es cosa que se *aprende* como el álgebra ó la química; no es un conocimiento que se adquiere cuando la inteligencia brilla en todo su esplendor. La religion se *siente*, y este sentimiento, como todos, decae cuando no se ejercita, y siendo mas elevado que ninguno, decae mas en toda criatura que se degrada, porque necesita para alimentarse nobles impulsos que no hay en ella, y porque impone preceptos severos, que no puede observar el que, débil, se deja arrastrar por sus apetitos. Sin religion no puede educarse el niño; y el que no la tuvo en la infancia, difícil es que la tenga en la edad madura. Suprimiéndola en los establecimientos de beneficencia para los niños, se suprimirá para los hombres toda la vida. ¿Se quiere que salgan de los asilos benéficos generaciones de ateos? Pues si tal fuese el objeto, que no lo creemos, de los que quieren dejar para la mayor edad la práctica de la religion, si tal fuese el objeto, decimos, no lo conseguirían. Los niños no serían católicos ni cristianos, pero serían supersticiosos é idólatras. No serían creyentes, pero serían crédulos; porque la religion no es una invencion, sino una necesidad, una especie de instinto que Dios nos ha dado para perfeccionar nuestra alma, así como tenemos otros para conservar nuestro cuerpo. Si no se enseñan á los niños las máximas divinas de una religion de amor, ellos alimentarán creencias menos puras, y en nombre del progreso se los hará retrogradar al estado salvaje, en la cosa que mas importa que progresen.

Es evidente que en un establecimiento benéfico hay necesidad imprescindible de religion. ¿Cuál ha de ser esta? En España, la católica; con excepciones muy raras, católicos son ó eran los padres de los acogidos, y el Estado debe hacer para ellos veces de padre.

¿Cabe en razon rechazar á las Hermanas de la Caridad, como se ha dicho, *porque hacen propaganda para el catolicismo*? Suprimiendo el culto y las ideas religiosas, se hace propaganda para las casas de prostitucion, para las prisiones y para el patíbulo. Esto no son suposiciones; son verdades que pudieran ponerse en evidencia con hechos, si no los hubiera de tal naturaleza que no es dado citarlos como prueba sin causar escándalo.

Si del hospicio pasamos al hospital, la frase de que *el Estado no tiene religion*, tampoco puede significar que es ateo. En el hospital hay enfermos que necesitan de los consuelos de la religion; hay moribundos que llaman á Dios en la postrer hora, é imploran su perdón, y piden que los absuelva un sacerdote. ¿Puede negárseles este

consuelo, y la satisfaccion de esta imperiosa necesidad de su alma, en virtud de la libertad de cultos? El Estado no tiene derecho á convertir el hospital en un establecimiento de veterinaria, atendiendo solo al cuerpo de los enfermos y prescindiendo de su alma; tiene, al contrario, el deber de proporcionar consuelos al espíritu, lo mismo que proporciona cuidados á la materia.

Si de los asilos en que se acoge la niñez ó se ampara la enfermedad, pasamos á aquellos en que se albergan los adultos que disfrutan salud, hallamos las mismas necesidades del espíritu y los mismos deberes de no prescindir de ellas. Si hay quien tiene otra religion que la establecida para la mayoría de los acogidos, no se le podrá obligar á que tome parte en un culto que no es el suyo. Pero ¿quiere decir esto que no debe haber allí culto ninguno? Los fascinados por la fortuna pueden olvidarse de Dios; los probados por la desgracia necesitan volverse á Él á cada instante; y no comprenderán nunca cómo puede decirse que es para ellos un *derecho* el privarlos de un bien, tal vez del único bien que tienen sobre la tierra.

Finalmente, si de la teoría pasamos á la práctica, ¿cuál es la de los paises en que hay libertad de cultos? La religion ¿no es allí el apoyo, el guia y el consuelo de los que se acogen á los establecimientos benéficos? ¿Se priva de esta santa compañera al decrepito anciano, y de esta madre bendita al niño espósito?

No es un derecho, es un deber del Estado llevar la religion para el espíritu á todo establecimiento donde da auxilios al cuerpo. ¿Cuál religion? La de sus padres á los niños, á los adultos la que tengan. La libertad consiste en no imponerla, no en suprimirla, porque la libertad no es en nada una negacion.

*Concepcion Arenal.*

## LA CARIDAD ES LEY DE DIOS.

---

Amad á Dios sobre todas las cosas  
y al prójimo como á vosotros mismos.  
(Primer Mandamiento.)

Bellísima es la caridad en todas y en cada una de sus obras, esclamábamos no hace muchos dias, al recordar las que felizmente habíamos presenciado en el trascurso de breves horas. Séanos permitido reseñarlas, á fin de que nuestros lectores participen de la grata y saludable impresion que sentimos al ver practicada la ley de Dios.

Comenzaremos por rendir un homenaje de afecto á las personas que han acudido y acuden á engrosar, con el producto de cada

nueva suscripcion, el corto patrimonio de los pobres. LA VOZ DE LA CARIDAD no ha clamado en el desierto, y cada dia es mayor el número de las personas que acuden á tomar asiento en el banquete de las buenas obras.

La del Patronato de los diez sigue creciendo, y ya son veinte las familias que sus patrocinadores han arrancado á las garras de la miseria y acaso á las del crimen, ó por lo menos á las del vicio, porque fácilmente sucumben á la tentacion los que carecen de lo estrictamente *necesario*, mientras otros nadan en la opulencia y se prodigan sin tasa lo *supérfluo*.

Permítasenos hacer aquí una digresion que no deja de venir á cuento. El lujo, dicen sus apasionados, lejos de perjudicar á las clases trabajadoras redundaba en su provecho; porque fomenta las artes, ensancha y multiplica las esferas del comercio, abre nuevos talleres á la industria, nuevos canales á la circulacion del numerario, embellece la vida, y procura los adelantos de la civilizacion. Sea. No trataremos de negarlo por mas que, segun nuestro *rancio* modo de ver las cosas, se nos figure que hasta las mas útiles, llevadas al exceso, pueden ser nocivas. El riego es provechoso al campo, y las inundaciones le *devastan*.

Fuerza es convenir en que si todos se privaran de lo *supérfluo*, la industria y las artes recibirian un golpe mortal. No todos han de sujetarse á vivir como los solitarios del Yermo, alimentándose con raices y vistiendo el tosco sayal de franciscano. Es la humana criatura perfectible, y no perfecta: para renunciar por completo á los gozes, á las pompas y vanidades del mundo se necesita una virtud heroica, y no es el heroismo patrimonio de los *mas*, sino prerogativa de los *menos*. Los héroes y los santos son honrosísimas, aunque no raras escepciones, que nos prueban hasta dónde pueden llegar el génio, el valor y la virtud con los esfuerzos de la humana voluntad y los auxilios de la gracia divina.

Bueno es gozar de la riqueza; el mal está en no saber distribuirla. Si á cada gasto, al parecer *supérfluo*, precediera otro mas útil; si antes de convidar á los *ahitos* se diera de comer á los *hambrientos*, si cada espléndida vestidura recordara el modesto ropaje ó el blanco lienzo con que se cubrió al desnudo, el pobre, lejos de maldecir el lujo, colmaria de bendiciones á los que pueden y hasta *deben* gastarle sin arruinar su patrimonio.

Pero esa pasion desatinada en su egoismo, ese orgullo, ese prurito de sobresalir en el mundo, mas que por el *mérito* por el *despilfarro*; ese afan de salirse de la propia esfera, creyendo, al empingorotarse sobre los zancos del lujo, que ya el pigmeo se ha convertido en

gigante, y la oruga rastrera en aérea mariposa, mas que al empobrecimiento de las fortunas contribuye al empobrecimiento de las almas, porque ya desde los primeros albores de la vida, ejerce sobre la moral y el *sentimiento* su perniciosa influencia.

Salvo cortas excepciones, la niña educada en el seno de la frivolidad, del ócio, del fausto y la molicie, se hace vana coqueta, insensible y *descreída*, como lo son los adoradores del becerro de oro; pues los que mas se afanan por los goces de la tierra, son los que menos se acuerdan de los del cielo.

Mal porvenir auguramos á esas pobres criaturas, que solo piensan en lucir cada dia nuevas galas. No es el árbol que con mas pompa de hojarasca se adorna en la primavera, el que mejores y mas abundantes frutos ha de producir en el otoño.

El culto que se rinde á lo palpable nos aparta de lo invisible; resfria, ya que no llegue á extinguir por completo la hermosa llama del amor divino, foco perenne de todo cuanto eleva, perfecciona y embellece á la humana criatura. El *materialismo* conduce al embrutecimiento y con él á la barbarie, pues allí donde la materia se sobrepone al espíritu, no es posible que haya verdadera civilizacion. Por eso deploramos el *abuso*; y adviértase que si nos duele mas en las niñas, es porque no sin razon se ha dicho que «los hombres hacen las *leyes* y las mujeres las *costumbres*.»

Bendita sea la madre que desde la cuna instruye á sus hijos, y los enseña con el ejemplo á cumplir la ley de Dios. Con gozoso enternecimiento lo decimos. Una niña inteligente á la par que modesta y laboriosa, es, por decirlo así, la piedra sobre que se funda el naciente Patronato. Busquen otros la proteccion de los grandes, nos decia la ilustre iniciadora de tan útil y humanitario pensamiento, y atengámonos al apoyo de la caridad hermanada con la inocencia.

El ejemplo ha estimulado á otros niños que, imitándole, se privan de satisfacer sus pueriles caprichos, y acuden con sus dádivas á enjugar el llanto de algunos parvulillos hambrientos y desnudos. ¡El ángel custodio de unas almas tan puras recoja esas lágrimas, y forme con ellas la corona de una vida tan útil y santamente comenzada! Sigán por tan buen camino, y su término será envidiable, porque si hay en la tierra bien seguro, ese bien le proporciona el recuerdo de las obras buenas. «Mas gusto experimento al recordar un vaso de agua que alargué á un soldado herido, exclamaba un héroe agonizante, que al traer á la memoria mis pasados triunfos y conquistas.»

El Patronato de los diez no exime al jornalero de la ley que Dios impuso á los hijos de Adán, condenándolos á ganar con su trabajo.

el pan de cada día. Conoce á sus pobres, y al paso que los protege los vigila. Sus esfuerzos se dirijen á sacarlos del hondo abatimiento que producen el abandono y la miseria; trata de proporcionarles medios para que se basten á sí mismos y á sus familias, y sean todos miembros sanos de la sociedad; pero como ni el huérfano parvulillo, ni el hombre octogenario, ni la viuda ó la esposa que gime abandonada, enclenque y llena de hijos pequeñuelos, ni el tullido, ni el enfermo, pueden cumplir, como quisieran, esa provechosa ley del *trabajo*, justo es acudir en su ayuda cumpliendo la del Evangelio, que nos dice: «Amparad al huérfano y á la viuda, y sereis considerados por Dios como padres de una familia numerosa.»

Las de los patrocinados sufren las duras privaciones consiguientes á la escasez de los recursos; pero ya no carecen de hogar ni de lecho, y los que por desgracia en él se hallan postrados, reciben los auxilios de la ciencia y los consuelos de una voz amiga.

Creeríamos faltar á un deber de justicia y gratitud si no consignáramos aquí un rasgo digno de obtener elogios mas desinteresados que los nuestros, aunque no se nos oculta que la caridad no ha menester las alabanzas del mundo: su recompensa es mas segura; se halla en la íntima satisfaccion de la conciencia; por eso no citaremos nombres propios, contentándonos con saber que Dios cuida de inscribir el de los misericordiosos en el registro de los bienaventurados.

En la junta que mensualmente celebran los visitadores, uno de los mas celosos, propuso á los demás que invitaran al banquete de las buenas obras á los dignos profesores de medicina y de farmacia. No era necesario acudir á los primeros, porque se habian anticipado á ofrecer sus servicios y á ingresar en el número de los *patrocinadores*. Hízose la invitacion á los segundos, y en verdad que no sufrió ningun desaire, antes hubo convidado tan hambriento, que reclamaba doble, triple y hasta quintuple racion, brindándose á dar gratis cuantos medicamentos fueran necesarios. A ninguno de los individuos de la Junta sorprendió lo *generoso* de la oferta..... Tan propia la juzgaron del doctor cuyo nombre remitimos al silencio, aunque no le relegaremos al olvido.

Nos habíamos propuesto hacer mas extensiva la reseña, y gracias á Dios, nos encontramos con que no caben tantos y tan consoladores ejemplos en los limites á que debemos ajustarnos. Solo añadiremos uno en prueba de que la virtud goza del privilegio de agradar á los mismos que la ultrajan y persiguen.

Con perdon de los *encomiadores*, á quienes ciega el espíritu de partido, encabezaremos el relato con estos versos del gran Quintana:

En los aciagos dias  
 Que serán luto eterno en la memoria,  
 Y á los remotos siglos indignada  
 Con hiel y llanto pintará la historia.

En esos dias que marcarán los anales de París con el rojo bermellon de la sangre y del fuego; en esas horas en que los héroes del socialismo acaban de manifestar al mundo la *esclencia* de sus doctrinas, y las dulzuras de la *fraternidad* que se pregonan en son de guerra y á la luz de las teas incendiarias, unos hombres impelidos por la intolerancia, porque allí no podia llevarles la codicia, con intencion aviesa penetraron en el asilo abierto por la *primera* de las virtudes á la última de las desgracias, la de una decrepitud achacosa, indigente y desvalida.

Las buenas hermanas de los pobres los recibieron como reciben las hijas de Paul á los apestados y á los dementes, sin repugnancia y sin miedo; los invasores no eran personas de *buena voluntad*, pero mas obcecados que perversos, sintiéronse conmovidos á vista de aquellas santas mujeres, cuyas obras demuestran que aman al prójimo *mas* que á sí mismas, puesto que por servirle, complacerle y fortificarle se humillan, se desvelan y se desviven.

Tal ejemplo de *abnegacion* obtuvo el homenaje debido á la virtud, y los mismos que habian entrado á profanar el santuario de la caridad cristiana, salieron enternecidos y bendiciendo á sus *heroínas*.

En el número 18 de LA VOZ DE LA CARIDAD referimos la historia de tan edificante Congregacion. Réstanos ahora añadir cuatro palabras.

Las *Hermanitas de los pobres* vinieron á Madrid en el año 1866; arrendaron la casa núm. 148 de la calle de Hortaleza, y en ella cuidan, mantienen, visten y *miman* á cuarenta y seis *decréritos* de ambos sexos. Estas santas mujeres desean vivamente acoger á mayor número de ancianos desvalidos; no las arredra el gasto de su manutencion. Confian en los milagros de la Providencia y en las buenas almas que las surten de comestibles, de lumbre, ropas y moviliario. ¿Qué les falta? Un local espacioso.....

Cerramos el artículo pidiendo á sus lectores que por sí mismos vayan á informarse de lo que hacen las Hermanitas de los pobres, examinen los dormitorios, pregunten á los acogidos si los tratan bien, si allí aprenden la ciencia de las ciencias, la de vivir como buenos y morir como justos, y seguras, segurísimas estamos de que al salir han de saludar con respetuosa veneracion á las buenas religiosas, y de que la moneda del rico y el óbolo del necesitado cae-

rán en el cepillo, cuyo letrero, si mal no recordamos, dice así: *Benedita sea la mano que aqui deposite una limosna.*

*Micaela de Silva y Collás.*

## PAGINAS DE UN POBRE (\*).



(Continuacion.)

### IV.

He interrumpido este diario durante algun tiempo por un triste motivo.

A poco de haber escrito las páginas precedentes, espresando lo que gozaba yo con el beneficio de la salud, Dios quiso sin duda ponerme á prueba, privándome de este mi único bien. Caí enfermo.

No sé si acertaré á consignar lo que ha pasado por mí en estos veintisiete dias de angustia y de dolor; lo intentaré hoy que han cesado, y que, como recompensa de mi resignacion, tengo un consuelo y una felicidad mas. Antes me consideraba solo en el mundo. Hoy tengo un amigo.

Sin saber yo la causa ni tratar de investigarla, porque Dios no necesita causas ocasionales para enviarnos enfermedades, un dia sentí pesadez en la cabeza y malestar en todo mi cuerpo; probé á salir, y me fue imposible; quise trabajar, y me faltaron las fuerzas. Conocí que esto eran preludios de una alteracion marcada de la salud; al dia siguiente ya no pude levantarme de la cama, y aunque no soy médico, comprendí que tenia una fuerte calentura.

Imagínese mi situacion. Vivo solo, como ya dije. En tiempos normales, los pequeños servicios de la vieja portera de la casa bastaban para todo, y acostumbrado ya á la soledad, se me hacia esta soportable. Pero enfermo, postrado en cama, sufriendo los efectos de la calentura, careciendo de todo recurso y de toda asistencia, la perspectiva se ofrecia á mis ojos de un modo aterrador. ¿Qué iba á ser de mí?

La vieja portera subió oportunamente; me vió en aquel estado, y se alarmó. Mi fogon estaba apagado; en mi modesto cuarto no habia mas que agua pura. Recuerdo que me hizo con afectuoso interés varias preguntas, á las que yo apenas podia contestar. Era la

---

(\*) Véase el núm. 35 de esta *Revista*.

portera una mujer sencilla, anciana y miserable, que vivía en su cuartito sola con una nieta de diez años; tenía buena voluntad, pero escasa disposición y ningunos medios de serme útil. Oí que se marchaba azorada, y volví á quedar solo durante algunas horas.

Tal vez para mayor sufrimiento mio se me despejó la cabeza, y pude abrazar en toda su extensión las consecuencias de mi aislamiento en aquel estado. ¡Solo! ¡Solo!.... Esta palabra, que antes no me afectaba, ahora me sobrecogía de espanto.

Con salud, con fuerzas físicas para pensar, para salir y para trabajar, la soledad no me importaba. Pero esta desgracia de la enfermedad había caído sobre mí de un modo inesperado, porque habiendo disfrutado siempre de buena salud, no estaba preparado á la doble desventura de perderla, y de carecer de persona que me asistiese. Contra esta desgracia no tenía ni aun el recurso de mi filosofía, porque mi razón, medio turbada por la fiebre, me dejaba la lucidez bastante para sufrir, pero no para reflexionar con calma. Me consideraba como un caminante que cae rendido y moribundo en un desierto sin socorro alguno posible, y entreví la aproximación de la muerte en completo desamparo. Para mí el desierto era Madrid con sus 250.000 habitantes, hirviendo de animación y de bullicio. Solo yo en mi rincón, ¡quién de esos 250.000 habitantes se cuidaría de uno que moría abandonado!

Los goces de familia, los consuelos sociales se me presentaban entonces á la imaginación casi como beatitudes celestiales. Tener un hijo, un hermano, un amigo, que se sentase á mi lado y me hablase y me cuidase, me parecía un beneficio inmenso, pero vedado para mí.

Y no solo carecía de ese remedio material y moral, sino que memorias de tiempos pasados, que yo creía adormecidas por largos años de abatimiento, se despertaban entonces enérgicas para mayor sufrimiento mio. Recordaba la familia perdida, los encantos de su cariño y de su compañía, que antes tal vez no había sabido apreciar bastante; pensaba sobre todo en mi madre, santa mujer, cuyo recuerdo tenía siempre grabado en mi alma; pensaba con fe cristiana que estaba en el cielo, y mi egoísmo la quería en la tierra.

Pasaban las horas, y la vieja portera no volvía. Llegué á pensar si también ella me habría abandonado; pero era injusto en tal idea. Vino de nuevo; me habló confusamente, ó al menos confusamente comprendí, que había ido á la Casa de socorro á buscar un médico, pero que tratándose de una enfermedad ordinaria y no de un accidente violento, se necesitaban formalidades, documentos y autorización. Le oí al fin al marcharse la palabra *hospital*.

¡Hospital!... Algunas veces habia yo entrado en ese gran palacio de los pobres de la calle de Atocha, para visitar á un pobre amigo, en la época en que aún tenia algunos; y las escenas que allí presencié me habian dejado una impresion dolorosa. Unos asistentes que llamaban á los enfermos por números, como si no tuviesen nombre cristiano; manos mercenarias, que trataban á los pacientes con la mayor indiferencia, como si fuesen máquinas (salva honrosa excepcion de las Hermanas de la Caridad); una operacion quirúrgica hecha casi á mi vista, que arrancaba al enfermo ayes dolorosos, á que no respondia ningun eco de compasion y consuelo; y luego el estertor de un moribundo, y la voz solemne del sacerdote que recomendaba su alma á la misericordia divina y á las oraciones de los circunstantes..... Todo esto habia dejado en mí recuerdos dolorosos, y admirando la mucha caridad que representaba un hospital, sentia, sin embargo, cierta repulsion á ser conducido allí, pareciéndome que era una antesala desconsoladora de la muerte. Considérese, pues, lo que sentiria al oir á la portera hablarme de ir al hospital.

Entonces mis reflexiones tomaron otro giro. Me dispuse á morir. Creí terminado mi destino sobre la tierra, y que Dios me llamaba á otra vida eterna. Traté de volver hácia él mi corazon, pero la debilidad de mi cabeza no me dejaba toda la energía y la claridad de ideas que para esto se requiere. Cuando se está en pleno uso de las fuerzas vitales, es fácil acojerse al consuelo salvador de la fe religiosa con toda la eficacia que esta requiere; pero cuando el cuerpo sufre y la razon se debilita, ¡ay del enfermo que no tiene á su lado una voz amiga que le fortalezca, le anime, y le haga fijarse en aquel único consuelo! Yo continuaba solo, y cada vez mas aletargado.

## V.

De repente oigo el ruido de la puerta, y en vez de la portera y de los camilleros para conducirme al hospital, se presenta á mis ojos un extraño espectáculo. Un caballero, de figura completamente desconocida para mí, entra, examina el cuarto, se acerca á mi cama, me mira con interés, y se sienta á la cabecera. Tan extraño era para mí el recibir visitas, y mas en aquella situacion, que por un momento llegué á pensar si era un ensueño del delirio.

Pero pronto me convencí de que era una realidad. Aquel caballero tendria unos sesenta años; su aspecto era grave, su porte decente, rostro demacrado, cabeza calva, ojos hundidos, voz apagada. La primera impresion que causaba era de respeto mas que de cariño; pero apenas empezó á hablarme, sus palabras, desmintiendo

la severidad de su rostro, rebosaban benevolencia, ternura y caridad.

Me hizo varias preguntas sobre mi enfermedad, mi situación, mis recursos y mi vida anterior, y especialmente la ausencia completa de familia y de amigos; pero todo esto con una dulzura que atraía, y con una delicadeza que inspiraba mayor confianza de la que quería exigirme. Su semblante parecía iluminarse á mis ojos con una animación tan interesante, que bajo el prisma de mi febril excitación, se me representaba casi con cierto reflejo sobrenatural. De sus labios brotaban palabras del mas tierno consuelo. Viéndome pendiente de ellas, se presentó á sí mismo de la manera mas sencilla y vulgar, diciéndome que al ir á ver á un vecino del piso segundo de aquella casa, la portera, que le conocía, le habló de mi situación, y esto le había sugerido el deseo de verme por si podía servirme de algo.

Le pregunté entonces qué móvil tenía para obrar así con un desconocido, y esta pregunta pareció causarle una penosa impresión.

—«¡Móvil! me dijo afectado, ¡qué otro necesito mas que el ser V. desgraciado! Siendo V. hombre feliz, entraria V. para mí en el gran grupo de la humanidad vulgar, con la cual solo tengo deberes estrictos de buen comportamiento; pero pobre, enfermo, sin recursos y sin familia, tiene V. á mis ojos todos los títulos para que yo le conceda cuanta protección compasiva me permitan mis recursos.»

Estas sencillas palabras me dejaron como aturdido. Yo había leído y había oído hablar algo sobre caridad, y sobre personas caritativas, pero me parecía que esto debiera tener por base un conocimiento previo de las personas. Verme pues tratado de este modo por un desconocido, encontrar un apoyo y un amigo, cuando nada había hecho para merecerlo ni para buscarlo, me parecía tan extraordinario, que temí de nuevo fuese una ilusión pronta á desaparecer.

No lo era sin embargo. Aquel caballero, despues de una larga visita en que me prodigó toda clase de consuelos, se marchó, ofreciéndome volver pronto. Así lo hizo apenas había trascurrido una hora, pero ya no venia solo, sino con un médico y con un mozo que traía ropas, dinero, víveres, utensilios domésticos y..... ¡cosa original..... hasta un Crucifijo, que suspendió de un clavo en la pared, como para que me hiciese compañía cuando estuviese solo.

El médico era una excelente persona también. Inspirado por su caridad ó por la de su compañero, se informó cuidadosamente de mi mal, me trató con el mayor cariño, me animó, me dijo que solo

tenia una calentura sin gravedad, que confiaba poder cortar, y me propinó medicinas que la portera trajo en seguida.

Mi nuevo amigo, cuyo nombre todavía ignoro, siguió viniendo todos los dias y pasando largas horas á mi lado. O su alma estaba formada para amar á los pobres, ó yo tuve la fortuna de inspirarle especial afecto, porque me lo demostró tan vivo como desinteresado.

Cuando desapareció la calentura y mi cabeza recobró toda su lucidez, pude apreciar el beneficio inmenso de aquel improvisado conocimiento. Mi alma, concentrada por largos años de triste aislamiento, se abria á las dulces expansiones de la amistad. Ocho dias de trato nos pusieron en mayor intimidad, que la que producen largos años de relaciones vulgares en el mundo. Aquel hombre no solo ha sido mi socorro y mi salvador en las desdichas materiales de mi pobreza y de mi enfermedad, sino que ha trasformado todo mi sér. Antes me decia yo á mí mismo: «No tengo mas compañía que la de mi perro Toly.» Hoy me digo algo mucho mas tierno: «Tengo un amigo.»

Ya no hay para mí soledad. ¡Dios en el cielo y un amigo en la tierra!..... ¡Cómo soportar tanta felicidad!

(Se continuará.)

## LOS BUENOS AMIGOS.

En el número 26 de esta *Revista* se publicó, bajo el epígrafe *A muertos y á idos hay amigos*, un artículo que, como lo indicaba ese mismo epígrafe, alterando los términos de un refran desconsolador, demostraba que existen todavía corazones generosos, los cuales entienden los sentimientos caritativos y amistosos hasta mas allá del sepulcro.

Allí se hizo alusion á un hecho histórico y reciente, digno de la consideracion y aprecio de todos. Muere el Dr. Berzosa dejando una numerosa familia, sin mas recursos que la memoria y el ejemplo de sus virtudes, porque el ejercicio de la medicina no sirve generalmente para hacer rico al que no lo sea. Quince amigos del difunto se reunen, y como desahogo de sus sentimientos benéficos, y como último tributo de cariño al difunto, acuerdan trabajar con sus propios recursos y apelando á los de otras personas generosas, con el fin de reunir, por medio de suscripciones y donativos, un fondo suficiente para asegurar á la viuda y á los hijos una modesta renta.

Habia mucho de noble y de levantado en ese impulso de caritati-

va amistad, porque en los tiempos que atravesamos podrá ser fácil reunir pequeñas limosnas, pero no la cantidad que ese proyecto exigía. El intentarlo, pues, aunque el éxito no hubiera correspondido á los deseos, merecía ya gratitud profunda; pero felizmente ese éxito se está ya obteniendo de una manera satisfactoria.

Inicióse la suscripción, y aunque todavía no ha llegado materialmente sino á la mitad de lo que se proponían sus promovedores, es digno ya de saberse y apreciarse; pues cuando tanto se ocupa al público con el relato de crímenes individuales y de catástrofes colectivas, justo es también que tenga conocimiento de las acciones meritorias.

La suscripción ha producido hasta ahora 24.276 rs., quedando aún por recaudar algunas cantidades importantes. Las cuotas han variado desde 8 rs. hasta 1.250. Con ese dinero y el que próximamente se cobre, trátase de comprar 100.000 rs. de renta consolidada, que se convertirá en lámina intransferible, y producirán á la familia una renta perpétua de 3.000 rs. anuales. Además, uno de los quince amigos ha señalado en particular una pensión á la viuda, y otro se ha encargado de mantener y educar á uno de sus hijos.

¡Consolador es, bajo todos conceptos, el espectáculo de esta laudable empresa! La beneficencia y la amistad aparecen en ella como modelos bien dignos de imitarse. Cuando muere una persona, entra en las prácticas sociales el decir á la viuda ó á los huérfanos: «Disponga V. de mí para aliviar su infortunio.» Los amigos del Sr. Berzosa han hecho una verdad positiva de esa espresion, que las mas veces representa solo una frase de ceremoniosa cortesía. Como amigos, tributaron al difunto la mayor prueba de afecto; como hombres caritativos, aplicaron esta virtud al remedio de una desgracia digna de escitar su interés. ¡Hermoso enlace de virtudes y de buenos sentimientos!

Hay también en esta historia otro aspecto digno de notarse. El Dr. Berzosa era un hombre bueno en la verdadera acepción de esta palabra, y esa bondad se reflejaba especialmente en el ejercicio de la caridad; á ella se debía el que fuese mayor el número de personas cuya manutención dependía de su trabajo. Sus amigos, pues, le imitaron, é hicieron lo que él mismo hubiera hecho con cualquiera de ellos en iguales circunstancias; la caridad suya escitó la de los demás, y fue como un capital que ahora produce á su familia los medios de subsistencia, por medio de la acción generosa de esos quince protectores. Si algun escéptico ve en esto tan solo hechos aislados ó coincidencias casuales, nosotros, compadeciéndole, vemos algo más: vemos una Providencia justiciera.

Los que creen debilitado en nuestros días el espíritu de *verdadera caridad*; los que quieren reemplazarlo con ideas abstractas de una fraternidad general bajo el punto de vista social, pueden ver en este sencillo relato pruebas convincentes de lo que es aquella virtud positiva, en presencia y en comparación de lo que hacen los apóstoles de esa utópica aspiración.

Antonio Guerola.

## EL HOSPITAL DE CÁDIZ.

Hemos leído con placer en un periódico la noticia siguiente:

«Don José Matías, opulento capitalista, cuya fortuna había acumulado en Filipinas, murió hace pocos días en Cádiz, consignando una manda de 5.000.000 para la fundación de un hospital en dicha ciudad.»

¡Rasgo notable de espléndida caridad, que debe complacer á todas las personas de buenos sentimientos! Donativos de tal cuantía no se ven con frecuencia. Justo es, pues, publicarlo, para que las bendiciones de los pobres y las oraciones de ricos y pobres, honren la memoria del generoso Sr. Matías en este mundo, y pidan á Dios su eterno descanso en el otro.

Y es tanto más oportuno ese cuantioso legado, por cuanto responde á una necesidad de la importante ciudad de Cádiz.

Si no han variado sus condiciones, desde el año 1863, en que tuvimos la honra de mandar aquella provincia, Cádiz tiene un hospicio magnífico en que, á fuerza de perfeccionar el régimen y servicio interior de los mil acogidos que alberga, casi se llega al límite del lujo; tiene además una Casa-cuna, verdadero modelo de todo lo bueno que puede desearse en esta clase de establecimientos; pero carece de un hospital civil provincial. Destruído el que antiguamente existió, solo hay desde entonces un departamento en el hospital militar, que hace las veces del civil.

Con la generosidad, pues, del Sr. Matías, podrá ahora hacerse uno nuevo; pero llamamos la atención de las autoridades y personas que hayan de intervenir en ello, sobre una mejora que podría introducirse en la ejecución de aquella manda benéfica.

En vez de gastar los 5.000.000 en un solo hospital, con todos los inconvenientes que varias veces hemos demostrado ser inevitables en esos albergues de 500 ó más enfermos, ¿no podrían hacerse tres ó cuatro enfermerías ó pequeños hospitales, que llenarían mucho mejor el objeto del fundador? Uno, por ejemplo, en el barrio estramuros de San José, habitado generalmente por gente pobre; otro en los ventilados terrenos de las inmediaciones del castillo de Santa Catalina; otro en el ex-convento de Capuchinos, sobre la base de la mezquina casa de dementes que hay ó había, perfeccionándose así el asilo-hospital de estos enfermos de espíritu; y aun otro más reducido en el interior de la población, servirían para dejar en Cádiz establecida la hospitalidad de los pobres á la altura que requiere su cultura y la caridad de los gaditanos.

Acaso se dirá que cuatro edificios cuestan mas que uno. Es verdad en principio general; pero si se prescindie de molduras costosas, de ornamentacion artística y de todo lujo arquitectónico, cuatro hospitales de severa sencillez, cual corresponde á una casa de pobres, costarian menos que uno de esos hospitales-palacios, que si honran mucho á la ostentosa y siempre laudable caridad de sus fundadores, no responden al objeto tan bien como las modestas enfermerías que recomendamos.

Procuraremos seguir con interés el curso que lleve este interesante asunto. Una cosa hubiéramos querido, y es que el Sr. Matías, conociendo nuestro pais, hubiese fijado un plazo prudencial para el cumplimiento de su legado, dejándolo anulado si durante él no se ejecutaba. Esto sería un poderoso estímulo para vencer dilaciones administrativas, que sería deplorable retardasen el que Cádiz tenga esta importante mejora. Vivamente deseamos que no suceda así, y confiamos para ello en el celo ilustrado de las autoridades provinciales.

*Antonio Guerola.*

## MAS SOBRE LA MADRE SUICIDA.

---

Nuestro artículo sobre esa desgraciada ha producido un efecto que nos complace, y es justo publicar, para satisfaccion de las personas caritativas.

Además de los 20 rs. de procedencia anónima de Málaga, cuyo recibo acusamos en la cubierta del número anterior, hemos recibido otros 100 de la Coruña, enviados por Doña M. de la P. S. de A., los cuales servirán para ayuda á la lactancia del niño. Otra distinguida señora de la misma ciudad, ha señalado con igual objeto 20 rs. mensuales. Damos á todas las mas espresivas gracias en nombre de esa desventurada familia, y les participamos que la pobre suicida continúa en el Hospital de los Paules muy mejorada, y con esperanzas de completa curacion. Caer de un quinto piso, y no morir ni quedar gravemente lesionada, es un suceso bien extraordinario.

---